

LA NATURALEZA Y SUS SECRETOS

Juan Antonio Lezaca Sánchez*

Para llegar al grado de evolución actual han transcurrido millones de años, y unos miles en adquirir una cultura escrita para así poder descubrir y describir algunas de las leyes que gobiernan el mundo natural. Quizás debido al gran esfuerzo realizado durante este tiempo, se llegó a acuñar la expresión *los secretos de la naturaleza*. Pero pensemos en estas encrucijadas:

- 1) ¿Se esconde la naturaleza de nosotros?
- 2) ¿Cambia su comportamiento cuando estamos mirándola?
- 3) ¿Quién ha visto caer cosas hacia arriba o al arco iris ocultándose detrás de una montaña?
- 4) ¿No es más cierto que día tras día, segundo tras segundo, incansablemente, la naturaleza ha ido cumpliendo una tras otra todas sus leyes?

5) ¿No han ido los planetas recorriendo sus caminos, repitiendo sus órbitas sin desfallecer, hasta que por fin empezamos a entender la ley de la gravedad?

La naturaleza no guarda secretos; es más, sería injusto decir que susurra sus verdades. Lo que en realidad ocurre es que las grita a los cuatro vientos, canta en el tono más alto que puede lo que es, una y otra vez, con infinita paciencia, esperando a que algún día la comprendamos.

La naturaleza nos habla siempre, pero ahora no la oímos. Nos habla de aceptación de vida y muerte como las dos caras de una misma realidad, y su voz más profunda es un aparente silencio porque no la podemos descifrar; los rumores durante el día y los murmullos durante la noche, e incluso en el fragor de la naturaleza desatada, lo que importa es oír ese silencio. Esto, ahora, es cada vez más difícil. Los pueblos antiguos, verdaderamente sabios, sabían escucharla.

* Profesor investigador de la Facultad de Contaduría Pública de la Universidad Externado de Colombia.

Los signos y símbolos que emite la naturaleza, para el islamismo y otras culturas, son interpretaciones hechas por el hombre para tratar de entender lo que nos dice, pero la voz de la naturaleza se expresa en diferentes maneras, y esos símbolos y signos son encarnaciones culturales de realidades que no son desconocidas para nosotros, pero que no queremos entender.

El hombre actual se siente melancólico por diversas razones; la melancolía ha sido muy tratada en Occidente y se ha llegado a la conclusión que la causa es por haber perdido, desde el Renacimiento, el sentido de la trascendencia, de la cual la naturaleza puede darnos muchos signos.

Pongamos un ejemplo de la sensación que puede producir el cielo estrellado en diferentes personas: para algunas no representa nada, en otras despierta una gran alegría debido al romanticismo que sentimos hacia la naturaleza y el gran valor que cada persona le da a ésta.

La naturaleza, incluidos los animales, puede parecernos pasiva, porque no podemos ver en ella que la acción y la no acción son una misma cosa. El ser humano, y son muchas las mitologías que lo han expresado, se reveló contra los dioses y quiso imitarlos. El hombre empezaba a luchar contra la naturaleza, enfrentándose a los dioses, y enfrentarse a los dioses es enfrentarse a la naturale-

za. El hombre actual violenta la naturaleza y la está destruyendo; por lo tanto se está destruyendo a sí mismo.

El hombre quiere ser libre, pero esto implica obedecer a una voz profunda que nace de nuestro interior, es decir, de nuestra naturaleza, de la naturaleza. Por eso la relación que los seres humanos deberían tener con la naturaleza, de la que somos parte, es una relación de reverencia, puesto que ella es la fuente y la base de la propia vida. El reconocimiento de lo sagrado significa el reconocimiento del valor intrínseco de la vida y de la capacidad de la vida de auto-organizarse y recrearse, exactamente lo que la visión mecanicista del mundo deja aparte.

Cuando se mira el mundo de forma mecanicista, la semilla no tiene su propia capacidad, sino que sus capacidades son puestas por las personas que las cuidan; el suelo no tiene su propia capacidad, sino que viene de los fertilizantes que se añaden, lo cual supone un nivel de violación que es el no comprender las capacidades auto-organizativas; entonces, se olvidan los beneficios que nos aporta la naturaleza.

Por eso es necesario tomar conciencia de que la naturaleza es interior y exterior al hombre, que no es un decorado de productos y mercancías, que tampoco es un catálogo de especies y espacios. Debemos considerar que la concien-

cia ecológica no es estar informado, tampoco es una asignatura cultural, ni una actividad solidaria. La conciencia ecológica bien entendida es un estado de centralidad, algo así como saber quiénes somos. Este estado no se explica con datos científicos, ni programas didácticos, tampoco es un discurso filosófico. Los

pueblos antiguos que vivían en estado de diálogo con la naturaleza no necesitaban fórmulas o consejos, ellos eran *naturaleza* y la *naturaleza* eran ellos mismos. Con este sentido de centralidad el hombre encuentra un sentido con su entorno donde actuar y donde ser, *sin secretos de la naturaleza*.

